



ADONIAS FILHO

EL TÚMULO DE LAS AVES

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

ADONIAS FILHO

EL TÚMULO DE LAS AVES

Reunidas en un espacio, sín orden ni concierto, se veía un pequeño grupo de alas de todos los colores. Como los hombres, las aves del territorio también mueren. Venían de lejos, del lindero de la selva virgen, de las florestas de cacao, o de los valles, formando una muda procesión de picos cerrados. Árboles, ríos, riachuelos, y casas, oían el rumor del paso de la bandada que volaba alto, muchos de cuyos componentes iban a morir. Los cuerpos caían inanimados en cualquier lugar de la tierra, que se abría amorosa para acogerlos y se cerraba a continuación sobre ellos. El túmulo, fuera cual fuese, pertenecía al territorio.

I

La ceniza, todavía cálida caía sobre la tierra, cuando llegó a todo correr, perseguido por los canes de olfato ansioso, y los hombres armados de rifles. Con el cuerpo cortado por los espinos, los pies sangrantes, y un enorme sabor a hiel en la boca, reflexionaba que si consiguiera alcanzar el claro, pasando el río, tal vez pudiera salvar la vida. Le pareció sentir ya en la propia carne los dientes de los sabuesos, y la mordedura de las navajas. Como el fuego podía cortarle el camino del claro, corría sobre la ceniza caliente extrayendo fuerzas de su propio odio, con los ojos casi ciegos a causa del sudor, y la agonía en el cerebro. No tenía armas, ni siquiera una navaja, y apenas si podía contar con sus manos y brazos. Sabía que los sabuesos se acercaban por el río, caudaloso y de aguas traidoras, cuyo fragor torrentoso se mezclaba con los ladridos de aquéllos. Afortunadamente sabía nadar, y se lanzó al agua.

Conocía perfectamente los alrededores del río hasta muchas leguas de distancia hacía el sur, por lo que se dejó llevar por la corriente que zarandeó su castigado cuerpo, dejando atrás campos, pastos y poblados. Con el corazón, músculos y nervios como si fueran piedra, dejó de pensar, y concentró todas sus fuerzas en los brazos, a fin de luchar contra la corriente de las aguas. Así pasó largo tiempo, horas tal vez, hasta que el río desembocó en un espacio amplio, serenando su ímpetu, y amansándose sus aguas. Exhausto, alcanzó la orilla, arrastrándose entre los juncos.

Cuando de nuevo abrió los ojos, sintiendo un frío inmenso, supo por la posición de las estrellas, que terminaba la noche y entre las nubes inmóviles, empezaban a aparecer las primeras hilachas de luz. El hambre espoleó al hombre, que sumergió sus manos en el negro río henchido de peces y cogió tres bagres. Hizo fuego con la ayuda de dos piedras, y asando los peces, calmó su apetito. Ya más tranquilo, decidió que debía traspasar la espesura, y buscar un poblado o una casa, donde pudiese encontrar ayuda.

Que la suerte no lo había abandonado se evidenciaba en el hecho de haber conseguido huir, salvándose de milagro. Si entraba en el bosque podía tropezar con cazadores o leñadores, ¿y si descendiese por el río, abrazado a un leño como a una almadía? Contempló las aguas, el mejor camino para él, pero detuvo su impulso al oír pasar una bandada de periquitos allá en lo alto. Aun en el caso de que se aventurara por el bosque sin armas, debía guiarse siempre por la dirección del río ! Daría el brazo derecho por poseer un cuchillo! De repente, procedente de lo lejos, sintió un olor de humo. Dejándose arrastrar por una inspiración, abandonó la margen del río, y se internó en la espesura. Al poco rato de andar, sonó un disparo, como si alguien quisiera orientarlo, y enseguida divisó tres hombres, a los que examinó rápidamente con la mirada, en busca de sus rifles y revólveres.

- Calculamos que llegaría aquí - dijo uno de ellos - Me llamo Barros.

Despacio, se aproximó, sin acabar de entender lo que ocurría. Le entregaron todo un equipo: pantalones de lona, camisa de mezclilla, y botas de cuero sin curtir. Más tarde se sentó alrededor de la hoguera donde hervía el pote del café, y mientras bebía en una jarra de hojalata, Barros prosiguió:

- Era lógico que subiera a tierra en la parte del remanso. Y con su voz gruesa y lenta, explicó:

- Atravesamos el bosque viajando de noche.

-¿Acaso me conoce? - preguntó.

El llamado Barros contrajo los labios en una mueca que podía tomarse como sonrisa. Gordo, de cabello áspero, sostenía con sus manos de piel muy blanca la gorra de lona, y en su rostro sonrosado brillaban unos ojos vivos. Guardaba cierta distancia, como si se hallara atemorizado, notándose en él cierto aire peculiar de hombre de oficina, tal vez un contable, con poca costumbre de hablar a un sujeto como él. Ansioso por acabar, hacía rodar nerviosamente el sombrero entre sus manos.

- El patrón nos envió -aclaró -. Cuando empezó la lucha se hallaba en Itajuípe, y quiere hablar con el señor, para proponerle un trato.

- ¿Se halla muy lejos de aquí? -Indagó.

- No. Aquí cerca, en el mismo centro del bosque. Y señalándolo con el dedo, añadió:

- Allí. En el Jiqui.

A continuación llamó a uno de los hombres, le pidió el morral de cuero, y de su interior extrajo una cartuchera y un revólver que entregó al hasta entonces perseguido, como si le quemara las manos, agregando:

-Aquí tiene. Es un regalo del patrón.

Sintió como si renaciera. Mostrando empero, un rostro impasible, sintió que le invadía la seguridad del hombre que se completa con la posesión de un arma. Sus dedos se movieron con rapidez haciendo rodar el tambor, tanteando el cañón, y presionando el gatillo, y su mano se ajustó a la culata, como transmitiendo vida al revólver. Después de cargarlo lentamente con seis balas, y ceñirse la cartuchera al cinturón, irguió la cabeza, y tendió el brazo, sintiendo el arma como si se tratara de una criatura de carne.

-Perfecto - encomió- quiero dar las gracias a su patrón.

Añadiendo después de una ligera pausa:

-Andando.

Los demás observaban su paso firme y alerta, y sus brazos distendidos. Nadie era capaz de batirlo en un duelo frente a frente. En toda la región del Itajuípe le conocían y temían, y cuando aparecía andando con su calma característica, y el rostro alerta, eran innumerables las puertas que a su paso se cerraban con precipitación. Era alto, de hombros anchos y manos delgadas, y de cabellos de indio cortados a cepillo, debajo de los cuales aparecía un rostro casi imberbe que le daba un aspecto de adolescente, de labios finos, y unos ojos oscuros como la noche, que refulgían con el brillo del fuego y sabían mirar con la rapidez del rayo.

Su mano y el revólver llevaban la muerte consigo.

* * * El Jiqui es un riachuelo que cualquier hombre puede saltar de una zancada. Y esta corriente estrecha de agua límpia, que corre por el bosque da nombre a la tierra que riega en un arco de tres leguas.

Allá en la espesura, rodeado por los plantíos de cacao, aparece un claro con un campo de capín enfrente, en el que se levanta la casa de tejas y piedra, el huerto de frutales, y el conjunto de cabañas de los trabajadores de Gonzalo Cándido, hombre con setenta años de cacao en las espaldas, que vió la selva reinar en Itajuípe, y que sabía perfectamente quién era Luna Gato. Conocía la curva ascendente de su fama, y calculaba que debía contar unos treinta años. Nació allí cerca, en la entrada del Catongo, y conoció a su padre, el bueno de Rodrigo, cuando ambos empezaron a desbrozar la selva. Y si es cierto que el hombre nace siempre con la sangre de la madre, Luna Gato era el ejemplo viviente. Manso e incapaz de pelear hasta con un niño, el bueno de Rodrigo fue a elegir mujer en la base de la región de la Temerosa, la sierra que tiene tres laderas, con sólo viento y piedras por corona, y poblada por gente salvaje que vive sólo del comercio de pieles de onza y de la cría del puerco. La mujer era blanca, pequeñita y de largos cabellos, pero el pobre Rodrigo descubrió que tendría que vivir con una fémina áspera, de manos de lija, y con el diablo dentro del cuerpo.

Luna Gato llevaba en sus venas toda la sangre de su madre, por la fiereza de que hacía gala ante el peligro, y su insensibilidad que mostraba su carencia de corazón. Gonzalo Cándido no ignoraba el cuento verídico que corría entre las gentes: el día en que Rodrigo falleció de un ataque al corazón, tenía que recogerse la cosecha, ya que se avecinaba la estación de las

lluvias, y la humedad estropeaba el grano. Gato viejo, el Rodrigo del cuento, cayó ante el umbral de la casa con el saco a cuestas, quedando muerto allí mismo. Su mujer no se inmutó, y dejándolo allí tendido, salió al campo a terminar la cosecha. Sólo después de entrar el último capacho, y preparar la comida para el niño, salió a la noche oscura de invierno a llamar a los vecinos. Poco tiempo después vendió el plantío, y con su hijo a cuestas volvió a las fragosidades de su sierra natal. Realmente, el muchacho tenía la sangre de su madre, o tal vez peor.

-¡Togo!- llamó en voz alta.

El sol se acercaba a su poniente, y el Jiqui se hallaba bañado de luz, y en la casa tranquila, sin otra compañía que los canes, no alentaba más que un viejo en el porche aguardando la llegada de Barros. En aquel momento llegaron hasta él los pasos apresurados del muchachito: Togo, el negrito, cuya corta estatura bastaba a cubrir medio metro de paño.

-¿Y Barros?-preguntó.

EL muchachito clavó su madura mirada en el anciano, y contempló pensativo los blancos cabellos, la crecida barba, y las venas que abultaban la piel de las manos, vestígios todos de los años pasados en la hacienda de cacao, cuyos confines no alcanzaba la vista. El negrito cuya orfandad protegió el señor de la hacienda, criándolo como a un hijo, hasta el punto de haber dormido numerosas veces en su propia cama, era un ser extraño. Paseaba en silencio, y casi siempre solo en medio de los bosques, y por caminos inaccesibles, dando nombre a los árboles, amando a los peces del riachuelo, y siempre sin perder la infinta dulzura de su mirada. Al contemplarlo, el anciano adquirió la certeza de que el negrito no era un ser de este mundo.

-Pronto llegará, padrino -respondió.

Habíase sentido en el ocaso de su vida, envejeciendo solo, desde que murió su mujer sin haber tenido hijos, en una casa vacía, sólo buena para abrigo de los pájaros. Entonces contrató a Barros, hombre diestro en la pluma y la contabilidad, a quien conoció en Itajuípe, y quien le habló del negrito. Resultó un subalterno de plena confianza, pero algo raro en sus manías. Los domingos solía encerrarse en la casa, pertrechado tras la puerta de su habitación, en compañía de dos garrafas de cachaça, y bebía, cantaba, y pronunciaba discursos hasta la madrugada del lunes. Refrescaba su resaca en las aguas frías del riachuelo, y de nuevo se convertía en un ser tímido el resto de la semana. Fue en uno de aquellos lunes, cuando apareció diciendo:

-Los gitanos partieron, patrón, pero nos dejaron un niño.

-¿Un niño? Un niño gitano? -No. Es negrito.

¡Los gitanos malditos, banda de ladrones! ... ¡Un negrito robado! Su primer impulso fue perseguirlos para devolverles el inesperado regalo, pero al fin, quizá a causa de su soledad, se quedó con el niño, al que puso el nombre de Togo, y le hizo un hueco en su corazón. ¡Sentíase como un pato criando un aní ! Lo llevó a Itajuípe, lo bautizó, y el muchachito

creció en la casa. Barros le había enseñado las letras y los números, y a sus cortos doce años tenía una mirada tan madura que impresionaba, dominando con ella al anciano Gonzalo Cándido. Semejante poder misterioso no podía explicarse el anciano, pero se reconocía impotente para luchar con él. El negrito Togo, apoyado en la barandilla del porche y con los oscuros ojos sumidos en la profundidad de la noche, sentía la cercanía de las lluvias como la lechuza, y en las mañanas de verano, apenas empezaban a caer las primeras gotas, llamaba a la puerta del anciano.

-¡Padrino! -gritaba.

-¿Qué ocurre? -rezongaba éste.

-¡Salga, salga aprisa!

Y salían al porche el viejo y el negrito, con el Jiqui ante ellos entre brumas que parecían surgir del campo de capín distante, y los árboles del cacao encapuchados en una neblina blanca que cubría el paisaje. Sabían que el sol llegaría, y que en aquel instante estaba escalando sierras y montañas, a punto de aparecer en el horizonte. Sin embargo, el negrito de ojos dilatados, y el anciano con expresión asustada, no aguardaban la salida del sol, sino a las bandadas de aves que empezaban a vislumbrarse en lo alto, bañadas por la luz difusa que empezaba a delinear la casa y el porche. Los pájaros volaban en silencio, coloreando el cielo, y pasaban por encima del Jiqui sin descender.

-Son ellos -murmuró la voz del negrito - Traen a los muertos.

El viejo ya había oído dos o tres veces la misma historia. Una mañana (Gonzalo Cándido apartaba los ojos recordándolo conmovido) llegó corriendo y se detuvo ante su padrino con expresión asombrada: convencía con los ojos, aquellos ojos de hombre que tenía en su rostro de niño, y exclamó:

-¡ Padrino, el Jiqui es el túmulo de las aves!

Al amanecer había visto a los pájaros conducir a los muertos y los enfermos y batiendo débilmente las alas, se arrastraban para morir allí.

-¡ Padrino, yo vi los cuerpos como caían en el suelo blando! Y el negrito afirmaba haber visto el túmulo.

-Llévame, que quiero verlo yo también.

Bañada por la claridad, se veía lejos, en lo alto, la bandada, volando en silencio y sin prisas como una nube a la que arrastrara el viento. Giró hacía el negrito, y por un instante al verle con el semblante y los ojos inmóviles, le pareció un ángel muerto, sin embargo, el niño tenía una expresión curiosamente dolorosa cuando alzó el brazo, y señalándolos gritó:

-¡ Padrlno, están cayendo los muertos!

Y el viejo se asió al porche forzando sus cansados ojos, mientras, tembloroso lo atenazaban los nervios. Por fin, a lo lejos, sobre los árboles de cacao plantados por él mismo, contemplo cómo caían los pájaros entre las hojas secas que alfombraban la húmeda tierra, mientras el bosque, los campos de capín crecido, y el manso riachuelo componían un recuadro triste e imponente. La claridad aumentó, y cuando pasó la bandada, se hizo plena luz en un segundo. El negrito salió de su éxtasis, el viejo cerró los ojos, y sólo entonces los pájaros rompieron a cantar.

* * * Coincidencia o no, lo cierto era que Gonzalo Cándido, desde que aquella mañana abandonó el porche junto al negrito, ya no era el mismo. Sentíase más viejo, la vista no le alcanzaba apenas, y delgado como un enfermo, las piernas y el cuerpo se le inclinaban hacía el suelo. Los cabellos se le tornaron blancos, y las arrugas hicieron su aparición en el rostro, perdiendo las fuerzas y el apetito, y a duras penas podía engullir una pequeña cantidad de leche. Sin embargo en su retina quedó grabada la grandiosa visión: la bandada de aves, altas y distantes, volando. Y el Jiqui, su tierra, era el túmulo.

El cerebro del viejo, delgado y enfermo, no reposaba, mientras, echado en la hamaca del porche con el negrito cerca, reflexionaba intensamente. Los árboles, los pájaros, y los hombres ... todos mueren; y la tierra de su elección, aquel pedazo de cacao era el túmulo de las aves. Todas las cosas morían. Incluso a él le estaba llegando la hora. Sentía el corazón muy cansado, y como no tenía herederos, nadie ocuparía su lugar, y por lo tanto hasta el Jiqui podría extinguirse. "El negrito y las aves". La idea se perfilaba clara y concreta en su cerebro. Lo donaría todo a Togo, y éste respetaría las aves, y conservaría el túmulo. Quedaban Barros y los demás, que quizá cuando cerrara los ojos, espantarían las aves, y arrebatarían la tierra y el cacao a Togo. Conociendo lo dura e inmisericorde que es la ambición humana, temía que llegaran a matar al negrito, en su ambición por heredar.

-Togo - dljo - tengo que ir a Itajuípe.

En aquel momento el Jiqui era algo más que un lugar: era el túmulo de las aves. Pero si hablase de ello con Barros, o cualquier otro, lo calificarían de caduco, diciendo que era un viejo demente e incapaz que veía fantasmas.

Siguió reflexionando sin descanso. Cuando llegó a Itajuípe, caballero en su tranquila montura, advirtió que en las calles reinaba una animación inusitada. Buscando testigos para establecer su testamento, puesto que había decidido que el negrito lo heredaría todo, como si de su hijo se tratara, para que protegiera a las aves y mantuviera el túmulo, encontró a los hombres del lugar muy agitados, los niños y las mujeres encerrados en las casas, y a los subalternos del comisario patrullando con las armas en la mano. Lo que oyó a continuación, le impidió desmontar:

-El comisario lucha contra Luna Gato. Ya se oye el tiroteo.

Desvió el caballo apresuradamente, y se refugió tras la pared de una casa, desde donde observó atentamente la calle. Enseguida quedó ésta desierta de gente, con los asnos y caballos como únicos pobladores de la misma, y apareció Luna Gato, solo, cubierto de polvo y barro seco. Advirtió que tenía la cartuchera vacía, pero con el revólver que le

quedaba mantenía a raya a los hombres del comisario, mientras retrocedía hacía las afueras del pueblo. Pronto llegó al camino y desapareció. El comisario reunió apresuradamente hombres, caballos y perros, y se dispusieron a dar persecución al fugitivo.

Con la luz de la experiencia, el anciano adivinó que Luna Gato se vería forzado a gastar sus últimas balas, y que acosado en el bosque por el olfato de los perros, se lanzaría al río como única salida, por cuya corriente descendería hasta llegar al remanso. Enviaría allí a Barros a que le saliera al encuentro, con el revólver nuevo que había comprado poco tiempo atrás, como prueba de amistad. El, las aves, y el negrito, precisaban del matón.

El viejo dormitaba en la hamaca, mientras el negrito no apartaba los ojos de la carretera. El sol bañaba con su luz violenta todo el Jiqui, mientras las copas de los árboles de cacao se agitaban a impulsos de la brisa. De pronto vio el grupo, Barros, los dos hombres, y un tercero, que debía ser Luna Gato. Se irguió de un salto, exclamando:

-¡ Padrino!

Los recién llegados ya ascendían los peldaños del porche, y el viejo los aguardó, un tanto inclinado sobre sí mismo, fingiendo indiferencia. Apenas Luna Gato se halló delante del anciano, Barros, los hombres, e incluso el negrito, se apartaron prudentemente. Si Rodrigo volviera no le gustaría ver a su bravo e intrépido hijo, la mejor puntería de todo el territorio de Itajuípe, arrastrado por el polvo. Se decía que alquilaba su pistola al mejor postor. Observó las nerviosas manos que contraían el revólver, delatando una anorme velocidad de movimientos, y como sus ojos engañosamente inmóviles escrutaban velozmente los alrededores.

- Le escucho -dijo.

El viejo recordó a su mujer, la muerta estéril. ¡Cuánto le hubiera gustado tener un hijo como aquél ! Un valiente domador de la muerte, temido por doquier por su intrepidez. Su ira debía ser parecida a la de Dios, quizá por ello su voz sonaba tan mansa, casi tranquilizadora, como un rezo. Miró fijamente el rostro curtido como madera, y comentó en voz alta:

-Yo conocí a su padre. Juntos plantamos el cacao de Itajuípe.

-Es cierto.

-En este Jiqui enterré mi vida. He pasado más de medio siglo desbrozándolo.

Y añadió, después de una pausa:

-Recibió el revólver?

- Sí. Le agradezco el regalo.

Y después de un silencio de tres segundos, preguntó: -¿ Está limpio de sangre?

- Creo que sí. Está sin estrenar. Lo compré recientemente.

Luna Gato observaba al viejo, cuya seca tos interrumpía de vez en cuando la conversación, mientras el negrito aguardaba sentado en los peldaños del porche, y Barros y los demás, en la explanada, se maravillaban de aquella entrevista, preguntándose las razones del interés del viejo por encontrar al mozo, del regalo del revólver, y los motivos de aquella conversación. Mientras, Gonzalo Cándido, interrumpido a trechos por la tos, que sacudía los huesos de su amarilllo rostro y agitaba su torso que, sembrado de vello blanco, aparecía entre la camisa entreabierta, explicaba todo el asunto de los gitanos, el negrito, los pájaros, y que el Jiqui era el túmulo de las aves.

-Es preciso que mañana temprano los contemple llevando a sus muertos.

El viejo efectuó una pausa. Parecía cansado. Luna Gato esperó. ¿Qué le importaban los pájaros muertos, el negrito, y todo el Jiqui? Tenía una lucha emplazada. Itajuípe entero sabía que no olvidaría al comisario, y que su ira no se calmaría hasta que no lo viera tendido en el suelo retorciéndose en estertores agónicos, con dos balas en el vientre. Al mirar a Gonzalo Cándido, contemplaba el rostro de su enemigo: mandíbula cuadrada, bigote poblado, y nariz de tucán. En aquel momento el anciano exclamaba:

-¡ El Jiqui es el túmulo de las aves!

Siempre con la voz y la mirada mansas, lo interrumpió.

-Su merced contempló la lucha, y fue testigo de que se me agotaron las balas.

-Llegué al final - declaró el viejo - cuando ya salías al camino.

-Porque se me agotaron las municiones. Las balas zumbaban como abejas.

En el tono de sus palabras, dichas como si se tratara del gobernador de las islas, se transparentaba la vanidad y el orgullo del matón que se siente un sujeto importante. Y el viejo lo comprendió, viéndole un ser distinto, sin hogar ni mujer, sólo por voluntad del destino. Y declaró en tono fingidamente admirativo, a fin de halagarlo:

-En Itajuípe estaban apostando que el comisario era cadáver.

Y fijando la mirada en el rostro del otro de pétrea inmovilidad, concluyó:

-La gente afirma que el comisario no cosecha el mijo de junio.

Sin embargo, en aquellos ojos, en los que no aleteaba el menor parpadeo, era imposible leer los pensamientos de Luna Gato. El negrito continuaba aguardando, sentado en las escaleras del porche. Y en aquel momento, Gonzalo Cándido con un gran dominio de sí mismo, y como si sólo estuviera tratando de la muda de un árbol de cacao, hizo su proposición, mientras una muda sonrisa flotaba en sus labios.

-Voy a morir - declaró - y no seré más que un cuerpo muy viejo enterrado en el túmulo de las aves.

Deseaba ser enterrado allí, en el corazón de su hacienda de cacao, donde caían los pájaros. Cada día le restaba uno menos de vida, no tenía herederos ... Pero deseaba que el Jiqui se mantuviera unido, y las aves siguieran disfrutando de su túmulo, de unas tres leguas cuadradas. El negrito heredaría una mitad de su hacienda, y la otra sería para él, Luna Gato, empero con una condición.

-¿ Cuál? - indagó aquél.

Efectuando una pausa, y con la sonrisa retozándole de nuevo en los labios, el anciano miró fijamente los ojos del otro, y respondió con la voz ronca de tos:

- Tienes que proteger al muchacho. Cuando los buitres avizoren la carnada, se abatirán sobre el Jiqui para apoderarse de él.

- Cierto.

- Aquí entra en funciones su revólver. Con la destreza de tu brazo protegerás el Jiqui. Ni las aves pueden perder su túmulo, ni Togo la tierra.

Ahogando la sonrisa, interrogó con seriedad:

- ¿ Juras? Permanecerás allí vigilante. ¿ Juras?

-Depende -replicó Luna Gato- Juraré después de cumplir con una obligación.

- ¿ Obligación? ...¿ Qué obligación?

- Dar pasaporte al comisario con dos almendras en las tripas.

El viejo se recostó exhausto en la hamaca. Luna Gato era un hombre realmente distinto, que hervía en odio.

Vasta era la región de Itajuípe. La poblaban bosques todavía vírgenes, la cubría un cielo de verano, y la acariciaba un viento siempre suave, y como añadidura las aves iban a morir al Jiqui. ¿ Luna Gato no se daba cuenta de que el comisario no era más que un insignificante grano de arena? Recostado en la hamaca, sintió que el sueño lo vencía, cuando escuchó una pregunta:

- ¿ Puedo permanecer unos días aquí?

- Naturalmente - respondió el anciano - estás en tu casa.

Se dirigió a la escalinata del porche, y allí tropezó con los ojos negros del negrito, cuyo rostro magro, de lisa piel negra estaba alzado hacia él. Los brazos del muchachito, de puro flacos parecían astillas. ¡De modo que aquél era su socio! ¡Un niño llamado Togo! Pero al mirar aquellos ojos rojizos de órbitas oscuras, descubrió la serenidad. Fueron aquellos ojos los que percibieron las aves cubriendo el cielo de madrugada. Y aquella calma de aguas profundas adormeció su ira, obrando como una ducha fría sobre sus nervios alterados. Sintiendo un extraño deseo de cogerlo de la mano, inclinó el rostro y dijo:

-Vamos, Togo. Vamos a ver el Jiqui.

* * * Más tarde, cuando el anciano estaba encendiendo el candil, vio entrar al niño, con un semblante muy animado y alegre, señal de que le había ocurrido algo extraordinario. Colocó la luz en su sitio, y aguardó a que el niño hablara, mientras las tinieblas invadían el Jiqui. La luz ponía de relieve la amplitud de la sala de estrechos ventanucos, y techo alto, dominando un suelo de gruesas planchas, sobre las que se asentaba una mesa estrecha. El niño dijo:

- Padrino, él es mi amigo.

-¿ Donde está?-preguntó.

--En el riachuelo, padrino. Se está bañando.

En aquel momento llegó Luna Gato, desnudo hasta la cintura, pero con el revólver al cinto, mostrando a la luz artificial una expresión menos dura. El mismo, con la ayuda de Togo, asó la carne seca, y preparó el pirão de agua fría. A continuación el niño hizo hervir el agua para preparar la infusión del anciano. Ninguno de ellos hablaba, en consonancia con el Jiqui sumido en tinieblas.

Más tarde, Luna Gato vio una hamaca, la armó, y se acostó, durmiéndose casi inmediatamente. El negrito se tendió a su lado, y el anciano en la habitación del fondo, cerca de la cocina. El silencio del Jiqui se estableció en la casa.

De pronto se sobresaltó al grito del negrito:

- ¡Venga aprisa !

Saltó de la hamaca, y por la puerta abierta, advirtió que amanecía. A su pesar tuvo que creer en lo que veían sus ojos. Ante su vista, las nubes se desgajaban y un enorme batir de alas agitaba el bosque, y los árboles de cacao. De pronto el silencio se rompió y empezó el rumor, que obligó a volver la cabeza hasta a los animales domésticos y los carneros. La cansina bandada formaba una nube de color blanco ceniza, que pasaba lentamente, mientras el Jiqui abrigaba en paz los pequeños pájaros que caían.

El negrito contempló a Luna Gato. ¡ Era un asesino! ¡Llevaba un revólver a la cintura! El hombre al inclinarse se encontró con los ojos del niño, y leyó en ellos la pregunta: ¿ Por qué serán las cosas tan extrañas? ¿Por qué los hombres matan, y los pájaros mueren?

Sacudió la cabeza como si quisiera alejar el pensamiento, y centró su atención en el rostro del niño, de expresión entonces más madura que la del viejo, y que preguntaba:

-¿ Los vio?

El hombre no respondió. Había comprobado perfectamente que el Jiqui era el túmulo de las aves. Ni Gonzalo Cándido estaba senil, ni el niño mentía. Los pájaros iban realmente a morir allí. Realizó el gesto familiar de dirigir la mano al revólver, y sorprendido comprobó que su diestra no se abría. El arma en su cinturón ya no era una cosa viva. Ahora resultaría muy difícil empuñarla, y apretar el gatillo como siempre hizo. En aquel momento descubrió el gran misterio que había en la muerte. Irguió la mano, y se enfrentó con otro misterio: el corazón le latía fuertemente. El negrito preguntaba de nuevo:

- ¿Los vio?

- ¿Ciertamente -respondió.

En aquel momento apareció el viejo, casi arrastrándose, con el cuerpo envuelto en una manta. Escrutó el rostro del asesino, y comprobó que ya no era el mismo, tal vez un tanto asombrado, y sin la menor duda, muy triste. Ciertamente habría visto a las aves en pleno vuelo, con el negrito a su lado, y el Jiqui a la espera con las hojas de todos sus árboles de cacao unidas. Los labios del hombre se movieron, y esbozaron una pregunta:

-¿Cómo es posible?

La mañana crecía a su alrededor, despojándose del frío, y librando a los árboles del campo de su condición de manchas abultadas, para devolverles su corporeidad y sus firmes colores. El viejo observó que el hombre parecía abatido, y sus ojos erraban por el paisaje, como sintiéndose inseguro en su interior. Gonzalo Cándido temió que su fuerza disminuyese. El deseaba al asesino, a su violencia, y a su revólver, y a su indiferencia ante la muerte, y temía que si el comisario llegaba en aquel instante y le pedía el arma, Luna Gato se entregaría.

-Lo vio. Con ello basta -consiguió articular.

- Cierto.

No podía retrasar más su decisión. Tal vez la próxima semana ya no volviera, y el futuro del Jiqui exigía una acción inmediata. Ocurriera lo que ocurriese, aunque Luna Gato rindiese su revólver la tierra sería de él y del negrito. Se precisaba un hombre que la trabajara, protegiera el túmulo de las aves, y evitara que despojaran a Togo. Estaba resuelto. Se encaminaría sin pérdida de tiempo a Itajuípe a poner en regla los papeles, y de este modo evitaría que la muerte lo pillara desprevenido. Dijo casi con los ojos apagados, y la voz cansada:

-Para ti, Luna Gato, serán mis tierras -decidió - Para ti, para el negrito, y para las aves.

-No puedo aceptarlo -observó el outro -. El comisario me perseguiría hasta aquí.

- Apelaré a su benevolencia. El comisario es hombre de comprensión.

Con el rostro oculto por el ancho sombrero de paja, y al trote corto de su montura, se dirigió solo al pueblo, a través del camino henchido de polvo levantado por el sol ardiente, y las gentes. Entró en el poblado, todos cuyos habitantes prácticamente se hallaban en la calle, hablando alborotados con la agitación del mercado, y desmontando enfrente de la notaría, entró en ella, y se encaminó a la sala donde se dictaban los testamentos. Todos los tramites se desarrollaron con facilidad y normalidad hasta que nombró a Luna Gato como heredero, junto con el negrito al que abandonarían los gitanos en el Jiqui. Una donación testamentaria constituye un hecho sagrado. Romualdo escribió obediente en el gran libro abierto, y a continuación firmaron los testigos, y el viejo. Preguntó en el mismo instante: - ¿Y el comisario?

No bien acabó de firmar, cuando todo Itajuípe se enteró de que Gonzalo Cándido acababa de legar el Jiqui a partes iguales, al negrito y a Luna Gato. La noticia corrió con tanta rapidez, que la gente abandonó el cacao, y el precio del producto bajó. ¡Gonzalo Cándido se había vuelto loco! ¡ Sus herederos, el muchacho que los gitanos lanzaron al camino, y un asesino a sueldo, ebrio de sangre! ¡ Antes destruirían los campos, quemarían las plantaciones de cacao, y abandonarían aquella región como si fuera un desierto! ¿Y el comisario? ¿Cómo obraría aquel hombre duro como un pedazo de infierno? ¡El viejo había enloquecido! ¡ Mezclarse en la contienda y atraer las iras del comisario, comprar la guerra por un asesino!

-Ya envié en busca del comisario - declaró Romualdo mordiendo la pluma, mientras el sudor le corría por el pescuezo.

Pesado y rollizo, gordo como un lechón, Romualdo se sentía importante. Los plantadores de cacao acudían a él para informarse de las leyes, conocía el código a la perfección, no había mejor caligrafía que la suya en todo Itajuípe, y en su notaría se llevaban a cabo transacciones afortunadas. Por nada del mundo se hubiera perdido el encuentro entre el viejo que instituiría heredero al asesino y el comisario cuyo único afán era encerrar a Luna Gato, para mantener el orden. Si pudiese domar al hombre, aunque fuese a costa de la piel de éste, enseñaría a la cabra lo que vale el macho. El único inconveniente residía, quizá, en el revólver, y en la mano que lo manejaba, infalible y hermanada con la muerte.

El viejo aguardaba sentado enfrente de Romualdo, rodeado de gente. Y quizá ante sus ojos volaban las aves sobre el túmulo del Jiqui, allá en lo alto, tiñendo la mañana de colorido, y viéndose sepultado en su tierra, ya menos suya que de Luna Gato y el negrito. Una tierra santa. La fuerza del cacao procedía de esta condición. Ni existiendo debajo de la superficie una mina de oro, sería tan alto su valor. Despertó de sus ensueños al ver que Romualdo se levantaba, y oír una voz que le interpelaba:

-¿ Cómo le va, Gonzalo Cándido?

Era el comisario. Se detuvo delante del anciano, con las poderosas manos apoyadas en su ancho cinturón, y todavía calzado con sus botas de montar. Parecía como si el anciano fuera el preso y el comisario el dueño del mundo. Con los ojos ardiendo de rabia, y el rostro congestionado de odio, preguntó a gritos, sin consideración alguna a la edad de su interpelado:

- ¿ De modo que el señor quiere enfrentarse con la autoridad? Sin aguardar la respuesta, siguió gritando, amenazador agitando los puños:

-Puede usted hacer mil testamentos, y puede aquel asesino convertirse en hacendado, pero en Itajuípe va a recoger cosecha de acero.

- Cállese - rogó el viejo.

-¡ Sé donde está! siguió gritando el comisario para que todos lo oyeran-. ¡Y voy en su busca ahora mismo, quiéralo o no el Diablo!

El anciano Gonzalo Cándido se levantó amenazador con el corazón agitado en el interior de su pecho reseco, olvidando que ya no poseía fuerza alguna en sus brazos. Pero se encaminó en silencio hacía la salida cuando el comisario le sujetó.

-¿ Acaso cree que voy a permitirle que le avise? ¡No! Y con voz dura como acero, añadió:

-Viene conmigo como rehén! ¡Su vida por la de él!

EL viento soplaba bajo, levantando el polvo de Itajuípe, ayudado por la baraúnda de hombres, que acompañando al comisario, y con los rifles en las sillas, custodiaban al viejo. La gente lo vio pasar en silencio, y los pájaros de los árboles enmudecieron. El anciano, con las ropas destrozadas, a lomos de su caballo tranquilo, parecía muy lejos de allí. Las aves seguían pasando en bandadas hacía su túmulo, y él sentía una enorme piedad por los hombres que no creen en los misterios de este mundo.

* * * De repente reinó el silencio en el Jiqui, y la misma agua de riachuelo detuvo su corriente para no romperlo. El cielo se despejó de nubes y pareció convertirse en una bóveda baja de un profundo color celeste. Los pájaros silenciosos se ocultaron en las arboledas y matorrales, y sólo el piar de alguno denunciaba su presencia. El silencio, de tan profundo, llegó a pesar en los oídos, y el mundo pareció detenerse dormido. En el campo el negrito vio asomar la tristeza al rostro del asesino, que se había detenido, y observó sus brazos distendidos, y el revólver pendiente de la mano. Se acercó a su lado, y dijo:

-Escuche el silencio. No se asuste. Las aves nos avisan.

El hombre giró. Ante él los ojos del rostro magro color café, lo observaban. No parecía asustado. Más bien tenía el aspecto de un pájaro grande y negro, más leve quizá que su propio revólver.

-¿De qué nos avisan? -preguntó.

- El comisario y sus hombres se acercan. El padrino cometió un error.

Luna Gato contempló las piedras pulidas por el agua. El comisario había apresado al viejo, y acudía en su busca. Esto era lo que las aves habían avisado. En un segundo, todo en él se heló, sólo la cartuchera parecía compuesta de la sangre de su propio cuerpo. Su voz sonó tranquila cuando ordenó:

-Espérame en la casa. Puede ocurrir lo peor.

El negrito subió la escalera, llegó al porche, y desapareció en el interior de la casa. Con el mundo detenido, y el Jiqui en silencio, los árboles de cacao sentían la ausencia del viento. Aproximóse Barros al asesino, todavía de pie en medio del campo, con los ojos cerrados, extrañándose de aquel silencio, de la fuga de los pájaros, y de la especie de agonía que parecía reinar en el paisaje.

Luna Gato declaró:

-Creo que han apresado al viejo. Vienen en mi busca.

-¿Disparará a matar?

-No quiero matar a nadie, pero tampoco quiero morir -respondió el aludido.

Y ordenó a continuación:

-Huya a cualquier escondite. Usted y sus hombres.

Con el campo vacío ante sí, y el enorme silencio que reinaba por doquier, Luna Gato empezó a calcular su escondite, y el probable desarrollo de la lucha. Rodeó la casa, sin dejarse ver ni de Barros ni del niño, pues sabía perfectamente que es muy fácil denunciar a otro, cuando es la propia vida la que peligra. Penetró en el campo de capín, y dirigiéndose hacia el riachuelo, volvió sobre sus pasos, y borró cuidadosamente las huellas. A continuación, siempre entre la hierba, se acomodó en una hondonada del terreno, muy cerca de la casa. Inmóvil como la tierra, escrutando los alrededores, no sentía ni la existencia de los nervios. Tal vez el diablo ya hubiera marcado la hora de la guerra. De pronto oyó el ruido procedente del camino. El comisario llegaba con su gente.

Sus ojos no perdieron el menor detalle. El grupo que avanzaba por el terreno desierto hacía la casa, el anciano cercado, y ocho hombres en total empuñando los rifles. En cuanto desmontaron llevaron los animales al riachuelo, y se repartieron estratégicamente frente a la casa, con el comisario al frente, que protegiendo con los fusiles sus espaldas parecía el dueño de la situación. Su voz desafiante hendió el silencio.

-¡Entrégate, asesino, o liquido a Gonzalo Cándido!

De la casa vacía no surgió respuesta alguna. Uno de los hombres de piel cobriza, ancho de torso, y aventajada estatura, amartilló el rifle, y lo clavó en las costillas del anciano, aguardando como todos, la aparición de Luna Gato, que desde su escondite inmóvil, no apartaba el punto de mira de su revólver del cuerpo del comisario. De repente el anciano, al tiempo que abría los brazos, gritó:

-¡ Las aves, las aves!

¡El arma detonó, y el anciano rodó sin vida por el suelo chorreando sangre! Probablemente, el hombre nervioso por el miedo que sentía del oculto Luna Gato, oprimió involuntariamente el gatillo. El comisario giró al oír la detonación, y al ver el cuerpo sin vida en el suelo, ordenó a gritos:

-¡Rodeen la casa!

Luna Gato contrajo la mirada con el revólver aferrado fuertemente en su mano. No quería matar. Le parecía estar contemplando el vuelo de las aves. Pero al fijar la mirada e el cuerpo inanimado del anciano, se sintió preso de una ira ciega, y apretó el gatillo una y otra vez, entre los gritos de sorpresa y agonía de los atacados. El comisario saltó a impulsos de una bala que le dio en la cabeza, y rodó por los suelos en compañía de cuatro hombres más, heridos todos al primer disparo de la certera mano del asesino, mientras los otros tres conseguían escapar a toda carrera. Salió lentamente del campo de capín, y se acercó a los cuatro heridos, a los que remató con toda sangre fría, como si eliminara alimañas. Aproximándose al viejo, lo alzó en sus brazos.

-Las aves vuelven, padrino -dijo.

Y así que cesó de hablar, de nuevo los pájaros desde los árboles, la paz de las cercas, y la sombra de los cacaos, rompieron a cantar, acompañados por el rumor del agua del riachuelo, que nuevamente reanudó su carrera. El viento sopló de nuevo, secando la sangre del cuerpo del viejo.

Luna Gato llamó al negrito, que surgiendo de la casa se asomó al porche, y miró fijamente el cuerpo sostenido por el joven. El anciano reposaría en el túmulo de las aves. Descendió la escala, y acarició con su mano delgada y oscura, el huesudo rostro, diciendo:

-Parece feliz. Es un hombre feliz.

Sin sentir el peso en sus brazos, Luna Gato en compañía del negrito, se dirigió hacia el bosque de cacao. El crepúsculo se avecinaba, pero quedaba la claridad suficiente para llegar cómodamente al Jiqui. Mientras abría la sepultura, lo depositó en su hamaca de la baranda, con el negrito de pie, de guardia a su lado.

Tenía el propósito de enviar los cuerpos del comisario y sus hombres a lomos de mulas a Itajuípe, como sacos de cacao, para asombro de todo el pueblo, pero antes se prometió a sí mismo enterrar al viejo en el túmulo de las aves. Y en compañía de Togo, le dio sepultura,

alisando la tierra sobre la misma, con el bosque como único testigo. Volvían apresuradamente hacía la casa, cuando el negrito exclamó:

-¡Las aves! ¡Estan llegando as aves!

* * * La nube, una masa de cuerpos y alas abiertas, se trasladaba lentamente, como una vasta planicie en movimiento bajo el dosel de los cielos. Sin embargo, en aquellos cuerpecillos alentaba a vida, y circulaba la sangre con ímpetu. Ninguno agonizaba. Sus ojuelos buscaban un punto de reposo entre los cacaos y el capinal, sabiendo que el viejo ya estaba en el interlor de la tierra, convertido en raíces. Entre gritos, la planicie, torció su rumbo hacía el sur de Itajuípe, remando con sus alas en el viento, perseguida por la noche. Las estrellas, como velas encendidas, iluminaban el luto de las tinieblas.

Versión castellana de Rosa Moreno Roger

DONADO POR LOGOS

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

